

(Intermedio)

1910

Federico García Lorca

Aquellos ojos míos de mil novecientos diez
no vieron enterrar a los muertos,
ni la feria de ceniza del que llora por la madrugada,
ni el corazón que tiembla arrinconado como un caballito de mar.

Aquellos ojos míos de mil novecientos diez
vieron la blanca pared donde orinaban las niñas,
el hocico del toro, la seta venenosa
y la luna incomprensible que iluminaba por los rincones
los pedazos secos de limón bajo el negro duro de las botellas.

Aquellos ojos míos en el cuello de la jaca.
En el seno traspasado de Santa Rosa dormida,
en los tejados del amor, con gemidos y frescas manos,
en un jardín donde los gatos se comían a las ranas.

Desván donde el polvo viejo congrega estatuas y musgos,
cajas que guardan silencios de cangrejos devorados
en el sitio donde el sueño tropezaba con su realidad.

Allí mis pequeños ojos.

No preguntarme nada. He visto que las cosas
cuando buscan su curso encuentran su vacío,
Hay un dolor de huecos por el aire sin gente
y en mis ojos criaturas vestidas sin desnudo!

